

*Sucesión de Amílcar en el mando. – Tránsito del Mácara. – Derrota de los rebeldes junto a este río. – Abandona Naravaso el partido de éstos. – Victoria de Amílcar. – Su clemencia con los prisioneros.*

Viendo los cartagineses lo mal que manejaba Hannón sus intereses, otorgaron (año -240) por segunda vez el mando a Amílcar, por sobrenombre Barca, y le enviaron por jefe a la presente expedición, haciéndole entrega de setenta elefantes, las tropas extranjeras que pudieron levantar, los desertores de los enemigos, junto con la caballería e infantería de la ciudad, en total alcanzando diez mil hombres. El inesperado ímpetu de su primera salida infundió tanto miedo a los enemigos, que abatió sus espíritus, les hizo levantar el sitio de Útica y puso de manifiesto que correspondía dignamente a sus anteriores acciones y a la expectativa que de él el pueblo se había formado. La serie de lo que realizó en esta campaña es como sigue.

En la cordillera de montañas que une a Cartago con el África existen unas eminencias impracticables, donde los caminos que conducen a esa región son artificiales. Mato había defendido con presidios todos los lugares oportunos de estas colinas. Además, el Mácara, casi siempre invadeable por la abundancia de sus aguas, cerraba igualmente por algunas partes a los de la ciudad la salida a la provincia. El único puente que se halla en este río lo custodiaba Mato con diligencia, habiendo construido en su inmediación una ciudad. De que provenía que los

cartagineses no sólo no podían entrar tierra adentro con ejército, pero ni aun los particulares que querían pasar les era fácil sin ser vistos de los contrarios. Amílcar, dándose cuenta, después de haber intentado todos los medios y recursos, de que le era aún imposible su tránsito, encontró este expediente. Había observado que cuando soplaban ciertos vientos se cegaba con arena la boca del río al desaguar en el mar, y que el cieno formaba un paso en la misma embocadura. Dispuesto el ejército para la marcha, sin comunicar a nadie su designio, observaba que ocurriese lo que hemos dicho. Efectivamente, llegada la ocasión, parte por la noche, y sin que nadie lo perciba, pasa al amanecer sus tropas por este sitio. Todos admiraron su arrojo, los de la ciudad y los enemigos; pero él, mientras, avanzaba por el llano y dirigía su ruta hacia los que defendían el puente.

A la vista de esto, Esendio sale al encuentro al llano, y es sostenido a un mismo tiempo de cerca de diez mil hombres que salieron de la ciudad edificada junto al puente y de más de quince mil que vinieron de Útica. Después que unos y otros estuvieron al frente, los rebeldes, suponiendo haber cogido en medio a los cartagineses, comunican con sigilo las órdenes, se exhortan a sí mismos y vienen a las manos. Mientras tanto Amílcar proseguía su camino, puestos en la vanguardia los elefantes, en el centro la caballería e infantería ligera, y en la retaguardia los pesadamente armados. Mas advirtiendo que los enemigos atacaban con precipitación, manda invertir el orden de toda la armada; a los que se hallaban en la primera línea ordena que por un cuarto de conversión retrocedan rápidamente, y a los que estaban antes en la última les hace desfilar por los costados y los sitúa al frente del enemigo. Los africanos y extranjeros, en el convencimiento de que los cartagineses huían de miedo, abandonan la formación, los atacan y vienen con vigor a las manos. Pero apenas la caballería, por una mutación, se aproximó a sostener a los que se hallaban formados y a cubrir el resto del ejército, cuando los africanos, que habían acometido temerariamente y a pelotones, asombrados, con este extraordinario movimiento huyeron. Cayeron después sobre los que tenían detrás y, desordenados, ocasionaron la perdición a sí y a sus compañeros. La mayoría fueron atropellados por la caballería y elefantes que iban en su alcance. Perecieron unos seis mil entre africanos y extranjeros, y se hicieron dos mil prisioneros. Los demás se salvaron, parte en la ciudad construida junto al puente, parte en el campo de Útica. Amílcar, lograda de este modo la victoria, marchó en persecución del enemigo. Tomó por asalto la ciudad inmediata al puente, desamparándola y huyendo a Túnez los que estaban dentro, después batió lo restante del país, sometió algunos pueblos y tomó los más por la fuerza. De este modo recobró algún tanto el espíritu y valor de los cartagineses, desterrando la desconfianza en que hasta entonces habían vivido.

Mato entre tanto insistía en el cerco de los hipozaritanos y aconsejaba a Autárito, comandante de los galos, y a Esendio cercasen al enemigo; pero que evitasen los llanos por el número de su caballería y elefantes, costearan las laderas y atacasen siempre que le viesan en algún embarazo. Con este propósito, envió a los nómadas y africanos para que le enviaran socorro y no dejaran pasar la ocasión de recobrar su libertad. Esendio, por su parte, entresacados seis mil hombres de las diversas naciones que había en Túnez, costeaba las montañas haciendo frente a los cartagineses. Traía también consigo dos mil galos, al mando de Autárito,

porque los demás que habían militado al principio bajo sus órdenes se habían pasado a los romanos durante el campo de Érice. Sucedió, pues, que los socorros de númeridas y africanos vinieron a incorporarse con Espendio, al tiempo que Amílcar estaba acampado en cierta llanura, coronada por todas partes de eminencias. Situados de repente los africanos al frente, los númeridas a la espalda y Espendio al costado, pusieron a los cartagineses en gran aprieto e inevitable peligro.

Existía por este tiempo un tal Naravas, númerida de nación, uno de los más nobles entre los suyos y lleno de espíritu castrense. Éste había siempre profesado a los cartagineses cierta inclinación secreta, heredada de sus padres, pero entonces se manifestó más en él por el sobresaliente mérito del general Amílcar. Convencido de que se le presentaba bella ocasión de convenirse y reconciliarse con los cartagineses, llega al campo acompañado de cien númeridas, se aproxima a la trinchera y se detiene con valor haciendo señas con la mano. Amílcar, sorprendido de su arrojo, le envía un caballero, a quien responde que quiere tener una conferencia con el general. En esta duda y desconfianza se hallaba aún el comandante cartaginés, cuando Naravas, entregando su caballo y armas a los que le acompañaban, entra desarmado dentro de los reales con gran confianza. A todos admiró y dejó absortos su osadía; sin embargo, le recibieron y condujeron al comandante. Naravas empezó su discurso diciendo que apreciaba en general a los cartagineses, pero que sobre todo deseaba ser amigo de Amílcar; que el motivo de su venida era a reconciliarse con él, para tener parte sin rebozo en todas sus operaciones y designios. Este discurso, la confianza con que el mozo había venido y la sencillez con que hablaba causaron tal complacencia en Amílcar, que no sólo aceptó con gusto recibirle por compañero de sus operaciones, sino que le prometió con juramento darle su hija en matrimonio si guardaba fidelidad a los cartagineses.

Realizada esta alianza, llegó Naravas con dos mil númeridas que tenía bajo su mando. Con este socorro Amílcar colocó su ejército en batalla. Los de Espendio, incorporados con los africanos, bajan todos al llano y vienen a las manos. El combate fue rudo, pero venció Amílcar. Los elefantes tuvieron mucha parte en la acción; pero Naravas se distinguió sobre todos. Autárito y Espendio huyeron. De los demás, diez mil quedaron sobre el campo y cuatro mil fueron hechos prisioneros. Conseguida la victoria, el cartaginés dio licencia a los prisioneros que quisieron para militar bajo sus banderas y los armó con los despojos de los enemigos, y a los que no, reuniéndolos, les dijo que les perdonaba los yerros hasta entonces cometidos, bajo cuyo supuesto dejaba al arbitrio de cada uno el retirarse donde más le conveniese; pero les amenazaba que, si sorprendía a alguno llevando las armas contra los cartagineses, sería castigado sin remisión.